

disfrazado de mendigo, y concertó con ella la hora y las circunstancias del rapto. A media noche, salió la doncella cautelosamente de la tienda de su padre, y se reunió con el príncipe, que la aguardaba á la entrada del campamento; sentóla en la grupa de su yegua, y se lanzó al llano, pero la celeridad de su fuga, no pudo sustraerla á los zelosos ojos de Famer que, enamorado de su prima y determinado á sostener sus derechos, vigilaba hacia mucho tiempo los pasos de su rival y hacia centinela todas las noches junto á la tienda de Camare. Apenas los vió huir, echó á correr en su seguimiento. La yegua de Fehrab, que tenia la velocidad natural á la raza Nedgdié, aceleró todavía mas en aquella ocasion su carrera, aguijada por la impaciencia de su amo, pero cargada con el peso de dos personas, llegó un momento en que ya no tuvo fuerzas para obedecer á los redoblados golpes del estribo, y cayó sin aliento en tierra. Fehrab ve á Famer próximo á alcanzarle, y dejando en el suelo á su amante, se prepara á defenderse. Terrible fué el combate cuanto trágico el resultado: Famer, vencedor, mata á Fehrab y se apodera de su prima, pero rendido de cansancio y lleno de seguridad, se duerme un momento junto á ella; Camare, que espia su sueño, coge el sable teñido en sangre de su amante, corta la cabeza á su pri-

mo, y se traspasa el corazon con la lanza: así fueron hallados los tres por los que salieron en su busca. Siguió á este triste suceso una mortífera guerra entre las dos tribus; la de Nehrab, sostenida por los Wahabi, obligó á la retirada á la de Beni Tay, que vino, con otras cuatro tribus aliadas¹, á pedir proteccion al Drayhy, cuyo poderio ya no tenia rival. Quinientos mil Beduinos, reunidos á nuestra causa, no formaban mas que un solo campamento, y cubrian la Mesopotamia como una nube de langostas.

Mientras estábamos en las cercanías de Bagdad, otra caravana de Alepo fué despojada por nuestros aliados; iba cargada de productos de fábricas de Europa, paños, terciopelos, rasos, ambar, coral, etc. Aunque el Drayhy no tomó parte ninguna en aquel saqueo, estaba demasiado en las costumbres de los Beduinos para que pensase en oponerse á él. — El bajá de Damasco pidió satisfaccion, pero no la obtuvo; y viendo que necesitaria un ejército de cincuenta mil hombres por lo menos para hacerse justicia, renunció á sus pretensiones, resuelto á conservarse amigo de los Beduinos á toda costa.

Jeque Ibrahim veia realizarse así sus esperan-

¹ La tribu Beni-Tay, compuesta de 4,000 tiendas, la de El Hamnid, 1500; la de El Daffir, 2500; la de El Hagiager, 800; enfin, la de El Khresahel, 5000.

zas aun mas allá de sus mas brillantes provisiones, pero mientras aun quedaba algo por hacer, no queria tomar un punto de reposo; así fué que habiendo pasado el Tigris en Abou el Ali, continuamos nuestra marcha y entramos en Persia. Allí tambien habia precedido al Drayhy su reputacion y continuamente venian á fraternizar con nosotros tribus del país, pero en nuestro vasto plan no eran bastante aquellas alianzas parciales, y necesitábamos ademas asegurarnos la cooperacion del gran príncipe, jefe de todas las tribus persas, el emir Sahid el Bokhrari, que manda hasta las fronteras de la India. La familia de este príncipe es, hace muchos siglos, soberana de las tribus errantes de Persia, y pretende descender de los reyes Beni el Abas, que conquistaron la España, y cuyos descendientes se llaman todavía los Bokhranis. Supimos que se hallaba en una provincia muy distante, y habiendo el Drayhy convocado á todos los jefes en un consejo general, se decidió que cruzaríamos la Persia, pasando lo mas cerca posible de las costas, para evitar las montañas que erizan lo interior del país, y hallar pastos, aunque precisamente el agua debía escasearnos. En el itinerario de una tribu, es mas importante hallar en el camino yerba que agua, porque esta puede trasportarse, y nada basta á suplir la falta de alimento para los ganados,

de que depende la existencia misma de la tribu.

Cincuenta y un dias duró aquel viage, durante los cuales no encontramos ningun obstáculo por parte de los habitantes, pero sufrimos bastante, sobre todo á causa de la escasez del agua. En una de aquellas ocasiones, Jeque Ibrahim, habiendo observado la naturaleza del terreno y la frescura de la yerba, aconsejó al Drayhy que hiciese cavar la tierra para buscar agua. Los Beduinos del país se rieron de aquella tentativa, diciendo que nunca la habia habido en aquel sitio, y que era preciso enviar por ella á seis horas de camino, pero el Drayhy insistia diciendo:

— « Jeque Ibrahim es un profeta y es preciso obedecerle en todo. »

Cayóse en muchos puntos á la vez, y efectivamente, á cuatro pies de profundidad, se halló un agua excelente; en vista de este feliz resultado, los Beduinos proclamaron con aclamaciones, verdadero profeta á Jeque Ibrahim, y milagro su descubrimiento, y poco faltó para que, en el exceso de su gratitud, le adorasen como á un Dios.

Despues de haber recorrido las montañas y los valles del Karman durante muchos dias, llegamos al rio de Karassan, rápido y profundo; habiéndole atravesado, nos dirigimos hácia las cos-

tas donde el camino es menos áspero. Hicimos conocimiento con los Beduinos del Agiam Estan, que nos recibieron muy bien, y á los cuarenta y dos dias de marcha despues de nuestra entrada en Persia, llegamos á El Hendouan, donde estaba acampada una de sus mayores tribus, mandada por Hebiek el Mahdan. — Esperábamos que nuestro viage llegaba á su término, pero el jeque nos dijo que el emir Sahid estaba todavía á nueve jornadas de allí, en Merah-Famés en las fronteras de la India, y nos ofreció guias para conducirnos hasta allá é indicarnos los sitios donde se debia hacer aguada. Sin esta precaucion hubiéramos estado espuestos á perecer en aquella última marcha.

Enviamos correos para avisar nuestra llegada al gran príncipe y anunciarle nuestras intenciones pacíficas. El nono dia salió á nuestro encuentro, al frente de un ejército de formidable apariencia, de modo que no sabiamos en el primer momento si aquel alarde de fuerza tenia por objeto hacernos honor ó intimidarnos, y el Drayhy empezaba á arrepentirse de haberse aventurado tan lejos de sus aliados. — Sin embargo, no mostró ningun temor, colocó á las mugeres y los bagages detras de las tropas, y se adelantó con la flor de sus guerreros, acompañado por su amigo el jeque Saker (aquel á quien

el año anterior dió el mando en el desierto de Bassora y que habia preparado todas nuestras alianzas durante nuestro viage á Siria).

Pronto se tranquilizaron en punto á las intenciones del príncipe, que separándose de los suyos, se adelantó con algunos ginetes hasta en medio del llano que separaba á los dos ejércitos. Lo mismo hizo el Drayhy, y ambos gefes se encontraron á mitad de camino, se apearon y se abrazaron con muestras de la mas cordial amistad.

Si no hubiera descrito tantas veces la hospitalidad del desierto, mucho tendria que contar del recibimiento que nos hizo el emir Sahid y de los tres dias que empleamos en festines; pero para evitar las repeticiones lo pasaré por alto, y solamente diré que los Beduinos de Persia, mas pacíficos que los de Arabia, entraron fácilmente en nuestras miras, y comprendieron perfectamente la importancia de los resultados mercantiles que queriamos establecer con la India; — esto era cuanto teniamos que decirles acerca de nuestra empresa. El emir prometió la cooperacion de todas las tribus de Persia que están bajo su dominio, y ofreció su influencia para conciliarnos las de la India, que le profesan gran consideracion á causa de la antigüedad de su raza y de su reputacion personal de cordura y genero-

sidad. Hizo con nosotros un tratado particular concebido en estos términos :

« En nombre del Dios clemente y misericordioso, yo, Sahid, hijo de Bader, hijo de Abdalla, hijo de Barakat, hijo de Alí, hijo de Bokhrani, de feliz recordacion, declaro que he dado mi palabra sagrada al poderoso Drayhy Ebn Chahllan, al jeque Ibrahim y á Abdalla el Kratib. — Me declaro su fiel aliado, y acepto todas las condiciones que se especifican en el tratado general que está en sus manos. — Me obligo á ayudarlos y sostenerlos en todos sus proyectos, y á guardarles un secreto inviolable. — Sus enemigos serán mis enemigos ; sus amigos mis amigos. — Invoco al grande Alí, el primero entre los hombres y el amado de Dios, en testimonio de mi palabra. — Salve.

« Firmado y sellado. »

Seis dias pasamos aun con la tribu de Sahid, y tuvimos ocasion de observar la diferencia que existe entre las costumbres de estos Beduinos y las de los nuestros. Los Persas son mas mansos, mas sobrios, mas sufridos, pero menos valientes, menos generosos, y sobre todo menos respetuosos con las mugeres ; tienen muchas preocupaciones religiosas y siguen los preceptos de la

secta de Ali. Ademas de la lanza, el fusil y el sable llevan un hacha cuando van á la guerra.

El príncipe Sahid envió al Drayhy dos hermosas yeguas persas, conducidas por dos negros, y este en cambio, le regaló una yegua negra de la raza de Nedgdié, llamada Houban Heggín, presente de sumo valor al que añadió algunos adornos para sus mugeres.

Estábamos acampados no lejos de Menouna, la última ciudad de Persia, á veinte leguas de la frontera de las Indias orientales, en la orilla de un rio que los Beduinos llaman El Gitan.

El séptimo dia, habiéndonos despedido de Sahid, nos pusimos en marcha para volver á Siria antes de los calores del verano. Caminábamos rápidamente y sin precauciones, cuando un dia, en la provincia de Karman, nos fueron arrebatados nuestros ganados, y al siguiente nos atacó una poderosa tribu, mandada por el emir Redaini, que se intitula el guarda del califado de Persia, hombre imperioso y celosísimo de su autoridad. Aquellos Beduinos, muy superiores en número, nos eran muy inferiores en valor y en táctica, y nuestras tropas ademas tenían mucho mejores gefes. La posicion del Drayhy era sin embargo muy crítica, pues si el enemigo alcanzaba la menor ventaja éramos perdidos ; todos aquellos Beduinos del Karman nos hubieran

rodeado de suerte que no hubiéramos podido escaparnos. Vió, pues, la necesidad de imponerles respeto con una victoria decisiva que les quitase en lo sucesivo la gana de medirse con nosotros, y tomó las mas hábiles y mejor combinadas disposiciones para hacer triunfar al valor sobre el número; desplegó todos los recursos de su ingenio militar y de su larga esperiencia, é hizo personalmente prodigios de valor; nunca habia estado mas sereno en el mando ni mas impetuoso en el combate; así fué que el enemigo vencido tuvo que retirarse, dejándonos en libertad de proseguir nuestro camino. Empero el Drayhy, creyendo que no seria prudente dejar á sus espaldas una tribu hostil, aunque batida, suspendió su marcha y envió un correo al emir Sahid noticiándole lo que acababa de pasar. Volvió á los pocos dias el mensajero trayendo al Drayhy una carta muy amistosa, en que venia inclusa otra para Redaini concebida en estos términos:

« En nombre de Dios, el Criador supremo, dirijanse homenajes y respetuosas preces al mas grande, potente, glorioso, sabio y hermoso de todos los profetas, al valiente de los valientes, al grande de los grandes, al califa de los califas, al Señor del sable, al rubí rojo, al conver-

« tidor de las almas, al Iman Ali. Esta carta es
« de Sahid el Bokhrani, el grande de los dos
« mares y de las dos Persias, y va dirigida á su
« hermano el emir Redaini, el hijo de Kroukiar :
« os hacemos saber que nuestro hermano el emir
« Drayhy-Ebn-Chahllan, del pais de Bagdad y de
« Damasco, ha venido desde lejos á visitarnos y
« á contraer alianza con nosotros. Ha caminado
« por nuestro territorio y comido nuestro pan ;
« le hemos concedido nuestra amistad y ademas
« hemos contraido empeños particulares con él
« de los que resulta un gran bien y una tranqui-
« lidad general. — Deseamos que hagais lo mis-
« mo ; — guardaos de no hacerlo, porque per-
« deriais nuestro aprecio, y obraríais contra la
« voluntad de Dios y del glorioso Iman Ali. »

Luego seguian varias citas de sus libros sagrados, el Giaffer-el-Giameh y los saludos de costumbre.

Enviarnos esta carta al emir Redaini, que vino á vernos, acompañado de quinientos ginetes, todos ricamente vestidos de paños recamados de oro ; sus armas eran riquisimas. Despues de algunas amistosas esplicaciones, Redaini copió de su puño el tratado particular del emir Sahid y le firmó ; en seguida tomó el café, pero no quiso comer con nosotros, por la razon de que á los

fanáticos de la secta de Ali no les es lícito comer ni con cristianos ni con turcos. Para ratificar el contrato, prestó juramento sobre el pan y la sal, y luego abrazó al Drayhy con grandes protestas de fraternidad; su tribu, llamada El Mehaziz, contiene diez mil tiendas. Habiéndonos despedido de él, continuamos nuestro camino á marchas forzadas andando quince leguas por dia sin pararnos; en fin llegamos enfrente de Bagdad, donde entró jeque Ibrahim para tomar dinero; pero como el invierno se nos echaba encima, perdimos el menos tiempo posible. En Mesopotamia tuvimos nuevas del Wahabi. Ebn Sihoud habia recibido muy mal á su general Hedál despues de su derrota, y hecho juramento de enviar un ejército mas poderoso que el primero al mando de su hijo, para tomar venganza del Drayhy y esterminar á los Beduinos de la Siria; pero despues de haberse informado mejor de los recursos que podia oponerle el Drayhy, y sobre todo de su reputacion personal, mudó de language, y resolvió atraerle á sí para ajustar una alianza. Los sucesos esteriore, que se iban complicando, daban mucha probabilidad á estas voces, porque el bajá de Egipto, Mehemet-Ali, preparaba una expedicion para invadir la Arabia Petrea, y apoderarse de las riquezas de la Meca, que estaban en manos de Ebn-Sihoud. Sumo placer nos causó

la esperanza, ya de hacer la paz con él, ya de verle debilitado por una potencia estrangera. Continuamente hallábamos en nuestro camino tribus que no habian tenido todavía ocasion de firmar el tratado y que se apresuraban á firmarle¹. Apenas llegamos á Siria, recibimos un correo del rey de los Wahabi que nos traia un pedacito de papel como de tres dedos de ancho y seis de largo, pues afectan emplear la forma mas diminuta para contrastar con los Turcos que escriben sus decretos y tratados en grandes pliegos. Los caracteres árabes ocupan tan poco espacio que en aquel papelillo estaba escrita una carta muy larga y bastante imperiosa; empezaba por una especie de profesion de fé ó declaracion de que Dios es único y sin par; luego seguian todos los títulos del rey, á quien Dios ha dado un sable para sostener su unidad contra los idólatras (los cristianos) que dicen lo contrario, y continuaba así:

« Nos, Abdalla, hijo de Abdel Ariz, hijo de

¹ En Maktal El Abed, encontramos dos tribus, la de Berkaje, mandada por Sahdoum Ebn Wuali, de 1500 tiendas, y la de Mahimen, mandada por Fahed Ebn Salehe, de 500 tiendas. Cuando cruzamos el Eufates, delante de Haiff, hicimos igualmente alianza con Alayan Ebn-Nadjed, caudillo de la tribu Bouharba, compuesta de 500 tiendas.

« Abdel Wahabs, hijo de Sihoud. Os hacemos
 « saber, oh hijo de Chahllan (¡dignese el Dios
 « solo adorable dirigiros por el camino recto!)
 « que si creéis en Dios, debeis obedecer á su es-
 « clavo Abdalla, á quien ha trasmitido su pode-
 « ríó, y venir á vernos sin temor. — Sereis nues-
 « tro amado hijo, os perdonaremos lo pasado y
 « sereis tratado como uno de nosotros. — Pero
 « guardaos de la obstinacion y de la resistencia
 « á nuestro llamamiento, porque el que nos es-
 « cucha es contado en el número de los mora-
 « dóres del paraíso.

« Salve.

« *Firmado.*

« EL MANHOUD MENALLA, EBN
 « SIHOUD ABDALLA. »

Recibida esta carta celebramos un gran consejo de guerra, y despues de haber pesado maduramente todos los peligros del viage y todas las ventajas de la alianza con Ebn Sihoud, el Drayhy resolvió acudir á su llamada. Habiéndome preguntado jeque Ibrahim si me sentia con aliento para ir á ver á aquel fanático :

— « Bien sé, le dije, que aventuro mas que
 « otro cualquiera, á causa de su odio contra los
 « cristianos, pero pongo mi confianza en Dios;

« como al cabo he de morir y ya he hecho el sa-
 « crificio de mi vida, estoy pronto á hacerle de
 « nuevo por llevar hasta el fin la empresa que
 « he empezado. » El deseo de ver un pais tan
 curioso y á aquel hombre extraordinario agui-
 jaba tambien mi valor ; y así, habiendo reco-
 mendado mi pobre madre al señor Lascaris para
 el caso de mi muerte, partí con el Drayhy, su
 segundo hijo Sahdoun, su sobrino, su primo,
 dos de los principales caudillos y cinco negros,
 todos montados en dromedarios. Durante la au-
 sencia de su padre, Saher debia mandar la tribu,
 y conducirla al Horan, al encuentro del Drayhy,
 que se proponia volver por el Hegiar. Hicimos
 nuestra primera parada entre los Beduinos Beny
 Toulab que no poseen, por único caudal, mas que
 algunos borricos, y viven de la caza de gacelas y
 avestruces ; se visten de pieles de gacelas grose-
 ramente cosidas unas á otras, con el pelo hácia
 fuera, lo que les hace parecer fieras : nunca he
 visto un aspecto mas rústico que el suyo. Dié-
 ronnos la diversion de una cacería de avestruces,
 que me interesó mucho. La hembra del avestruz
 pone sus huevos en la arena, y se instala á corta
 distancia con la vista fija en ellos, incubándolos,
 por decirlo así, con los ojos, que nunca aparta
 del nido, y así se está inmovil la mitad del dia,
 hasta que el macho viene á relevarla : entonces

va á buscar su sustento, mientras aquel hace centinela á su turno. El cazador, cuando ha descubierto un nido, forma una especie de parapeto de piedra para esconderse detrás de él y aguarda el momento favorable. Cuando la hembra está sola, y se halla el macho bastante distante para no oír el tiro, dispara sobre ella, corre á levantar el pájaro herido mortalmente, limpia la sangre, y le vuelve á colocar en la misma postura junto á los huevos. Cuando vuelve el macho, se acerca sin desconfianza para relevarla, y entonces el cazador le mata del mismo modo. Si el macho se ha maliciado la asechanza, se aleja corriendo con rapidez, y entonces se le persigue, pero se defiende tirando piedras hácia atrás, á distancia de una bala de fusil y con gran fuerza: sería además peligroso acercarse á él cuando está furioso, pues entonces se tira sobre el cazador. Cuando ha pasado la estación de la caza de los avestruces, los Beduinos montan en sus burros, y van á vender sus plumas á Damasco y hasta Bagdad.

Quando uno de ellos quiere casarse, promete la mitad de su caza del año al padre de su novia para pagar su dote. Estos Beduinos tienen en gran veneracion la memoria de Antar, de quien se dicen descendientes, pero no sé hasta qué punto puede darse crédito á esta pretension. —

Nos recitaron varios fragmentos de su poema.

Luego que nos despedimos de ellos, caminamos á todo el andar de nuestros dromedarios y fuimos á acamparnos en las orillas de un lago de grande estension, llamado Raam Beni Hellal, que recibe sus aguas de una colina que habiamos costeadado.

Al dia siguiente llegamos en medio de un árido desierto, y vimos un bosquecillo (*oasis*) formado por un arbusto llamado *jorsé*, y no distábamos ya de él mas que algunos pasos, cuando se pararon de pronto nuestros dromedarios; creimos al principio que querian descansar en un sitio donde un poco de vegetacion parecia anunciarles agua, pero pronto reconocimos que su repugnancia procedia de un espanto instintivo que se manifestaba con todas las señales de un invencible terror; ni halagos, ni amenazas podian hacerlos avanzar. Excitada mi curiosidad en el mas alto punto, eché pie á tierra para conocer la causa de su espanto, pero apenas entré en el bosque, retrocedí involuntariamente. La tierra estaba cubierta de millares de pieles de serpientes de todos tamaños y de todas especies, unas gordas como cables de navíos, y otras delgadas como anguilas; alejámonos precipitadamente de aquel sitio, dando gracias á Dios de no haber hallado mas que las pieles de aquellos venenosos

reptiles. Como no hallamos á la noche ningun abrigo tuvimos que pasarla á cielo raso, pero confieso que mi imaginacion, acalorada por el horrible espectáculo del bosque, me impidió cerrar los ojos; á cada instante se me figuraba ver una enorme serpiente deslizarse bajo mi tienda y alzar junto á mi manta su enorme cabeza.

Al dia siguiente llegamos á una tribu considerable, tributaria de los Wahabi, que venia de Samarcanda; al instante escondimos nuestras pipas porque Ebn Sihoud prohíbe severamente el fumar y castiga de muerte toda infraccion á sus órdenes. El emir Medjioun nos dió la hospitalidad, pero no pudo contener su sorpresa de que tuviésemos valor para ponernos así á merced del Wahabi, cuyo caracter feroz nos pintaba en términos tremendos, y nos aseguró que correríamos grandes peligros, pues Ebn Sihoud no se hacia el menor escrúpulo de emplear falsas promesas para obrar luego con infame traicion. El Drayhy, que lleno de honradez, se habia adelantado sobre la fé del llamamiento del rey, sin imaginarse que fuese posible faltar á su palabra, empezó á arrepentirse de su crédula confianza, pero como su altivez le impedia el retroceder, proseguimos nuestro viage. Pronto llegamos al Nedgdé, pais cortado por valles y montañas, y cubierto de ciudades y aldeas amen de una mul-

titud de tribus errantes. Las ciudades parecen mas antiguas y atestiguan una poblacion primitivamente mas numerosa y rica que la que actualmente las ocupa. Las aldeas estan pobladas de Beduinos labradores; el terreno produce en abundancia trigo, verduras y sobre todo dátiles. Dijéronnos que los primeros moradores de aquel pais le abandonaron para ir á establecerse en Africa, al mando de uno de sus príncipes, llamado Beni Hetal.

En todas partes hallamos una franca hospitalidad, pero en todas tambien oimos interminables quejas de la tirania de Ebn Sihoud: solo el temor retenia á aquellos pueblos bajo su dominio. En fin despues de catorce dias de camino al paso de los dromedarios, lo que supone una distancia triple de la de una caravana en el mismo espacio de tiempo, llegamos á la capital de los Wahabi; — la ciudad está rodeada de un bosque de dátiles; los árboles se tocan y dejan apenas entre sus troncos paso para un hombre á caballo; así es que la ciudad se oculta enteramente detras de aquel baluarte, llamado las Palmas de Darkisch. Luego que cruzamos aquel bosque, hallamos como una segunda trinchera de montones de huesos de dátiles, que parecian un dique de piedrecitas, y detras, la muralla de la ciudad que seguimos para llegar á una puerta

que nos condujo al palacio del rey. Este palacio, muy grande y de dos pisos, es de hermosas piedras blancas de sillería. Noticioso de nuestra llegada, Ebn Sihoud nos hizo llevar á una de sus habitaciones, elegante y bien amueblada, donde nos sirvieron una copiosa comida. Este principio nos pareció de buen agüero, y nos alegramos de no haber cedido á los recelos que querian inspirarnos; por la tarde, despues de habernos aseado un poco, fuimos á presentarnos al rey, en quien vimos un hombre de unos cuarenta y cinco años, de ojos feroces, tez atezada y barba muy negra; llevaba un gombaz ceñido á la cintura con una faja blanca, un turbante listado de rojo y blanco en la cabeza, un machlah negro sobre los hombros, y tenia en la mano la varita del rey de Mahlab, insignia de su autoridad; estaba sentado en el fondo de una gran sala de audiencia, bastante ricamente amueblada con esteras, alfombras y almohadones, y rodeado de los grandes de su corte. Los muebles, lo mismo que los trages, eran de algodón ó de lana del Yemen, por estar prohibida la seda en sus estados, igualmente que todo lo que recuerda el lujo y los usos de los Turcos. Tuve tiempo para hacer mis observaciones, porque luego que Ebn Sihoud hubo respondido brevemente y con tono glacial á los cumplimientos del Drayhy, nos sentamos y

aguardamos en silencio á que entablase la conversacion. Sin embargo, al cabo de media hora, viendo el Drayhy que no pedia el café ni descogia el ceño, tomó la palabra y dijo:

— « Veo, ¡oh hijo de Sihoud! que no nos recibís como teniamos derecho á esperar. Hemos caminado por vuestras tierras y entrado bajo vuestro techo, convidados por vos: si algo tenéis contra nosotros, hablad; nada nos oculta. »

Ebn Sihoud, lanzándole una mirada de fuego:

— « Sí, ciertamente, respondió, muchas quejas tengo de vos; vuestros crímenes son imperdonables! Os habeis rebelado contra mí y habeis rehusado obedecerme: habeis talado la tribu de Sachrer, en Galilea, sabiendo que me pertenecía. »

« Habeis corrompido á los Beduinos y reunidos dolos contra mí y contra mi autoridad. »

« Habeis destruido mis ejércitos, saqueado mis campamentos y sostenido á mis mortales enemigos los Turcos, idólatras, profanadores, malvados y libertinos. »

Luego, animándose y acumulando invectivas sobre invectivas, su rabia rompió todos los diques de la prudencia, y acabó por mandarnos que saliésemos de su presencia para aguardar sus órdenes.

Veía yo inflamarse los ojos del Drayhy é hincharse las narices; á cada instante temía una explosion de impotente cólera que no hubiera servido mas que para acarrearnos desgracias, pero viéndose enteramente sin defensa, se contuvo y levantándose con dignidad, se retiró lentamente para reflexionar sobre lo que debia hacer. Todos temblaban ante el furor de Ebn Sihoud, y nadie osaba oponerse á su voluntad. Dos dias y dos noches pasamos en nuestra estancia sin oír hablar de nadie, pues nadie se atrevia á vernos; los que mas fiesta nos habian hecho cuando llegamos, huían de nosotros ó se burlaban de nuestra crédula confianza en la fé de un hombre tan conocido por su caracter pérfido y sanguinario. A cada instante nos esperábamos á ver llegar los satélites del tirano para asesinarlos, y en vano buscábamos algun medio de escapar de sus garras. Al tercer dia, el Drayhy, diciendo que preferia la muerte á la incertidumbre, envió á llamar á uno de los ministros del Wahabi, llamado Abou El Sallem, y le dijo: — Id á llevar de mi parte estas palabras á vuestro amo: « *Lo que queréis hacer, hacedlo pronto; no os acusaré y solo me acusaré á mí mismo de haberme puesto en vuestras manos.* »

Obedeció El Sallem, pero no volvió, y por única respuesta, vimos á veinticinco negros ar-

mados colocarse junto á nuestra puerta, lo que indicaba que decididamente estábamos presos. ¡Cuanto maldije la insensata curiosidad que me habia metido en un peligro tan gratuito! El Drayhy no temia la muerte, pero la sujecion le era insoportable; paseábase de arriba abajo á pasos agigantados, como un leon enjaulado: al fin me dijo:

— « Es preciso que esto acabe; voy á hablar á Ebn Sihoud y á echarle en cara su perfidia; veo que la mansedumbre y la paciencia son inútiles, y quiero á lo menos morir con dignidad. »

De nuevo mandó llamar á El Sallem, y apenas le vió:

— « Volved cerca de vuestro amo, le dijo, y anunciadle que por la fé de los Beduinos, reclamo el derecho de hablar; siempre estará á tiempo para obrar como le plazca, despues de haberme oído. »

Habiéndonos concedido el Wahabi una audiencia, nos introdujo El Sallem, y llegado que hubimos á su presencia, dejónos el rey en pie, y nos dijo bruscamente sin responder al saludo de costumbre:

— « ¿Qué queréis? »

El Drayhy, levantando la frente con dignidad, respondió:

— « He venido á veros, oh hijo de Sihoud, « fiado en vuestras promesas y sin mas séquito « que diez hombres, yo que mando á millares de « guerreros! Estamos indefensos en vuestras « manos; vos estais en el centro de vuestro po- « derío y podeis conculcarnos como á la arena, « pero sabed que desde la frontera de la India « hasta la de Nedgdé, en Persia, en Bassora, en « la Mesopotamia, en Hemad, las dos Sirias, la « Galilea y el Horan, todo hombre que ciñe el « café os pedirá cuenta de mi sangre y tomará « venganza de mi muerte. Si sois rey de los Be- « duinos, como pretendéis ¿ como descendéis á la « traicion? La traicion es el vil oficio de los Tur- « cos; la traicion no es para el fuerte, sino para « el flaco ó el cobarde. Vos que ponderais vues- « tros ejércitos y que decís haber recibido del « mismo Dios vuestro poderío, dejadme volver « á mi pais y pelead conmigo en campo raso, por- « que, abusando de mi buena fé, os deshonrais, « os haceis objeto del comun desprecio y causa- « reis la ruina de vuestro reino. He dicho, ahora « haced lo que gustéis, algun dia os llegará el ar- « repentimiento. Yo no soy mas que uno entre « mil; mi muerte no enflaquecerá á mi tribu ni « extinguirá la raza de los Challan. Mi hijo Sa- « hen me reemplazará; él conducirá á mis « Beduinos y vengará mi sangre. — Estad,

« pues, prevenido y abrid los ojos á la verdad. »

Durante este discurso, el rey manoseaba su barba y se serenaba poco á poco. En fin, despues de un breve silencio:

— « Id en paz, dijo : nada malo os suce- « derá. »

Retirámonos entonces, pero todavía seguimos guardados con centinelas de vista.

Aquel primer acto de clemencia tranquilizó á los cortesanos que habian oido con terror las atrevidas palabras del Drayhy, y se admiraban de la paciencia con que las habia escuchado el tirano; empezaron á irse llegando á nosotros y Abou El Sallem nos hizo comer en su casa. Yo sin embargo no estaba muy tranquilo por mí; creia en verdad que Ebn Sihoud no se atreveria á llevar las cosas al estremo con el Drayhy, pero temia que achacase todas sus culpas á mis consejos, y me sacrificase, á mí, oscuro *giaour*, á su resentimiento. Comunicué mis temores al Drayhy, que me sosegó jurándome que no llegarían á mí sino hollando su cadaver, y que yo saldria el primero por las puertas de Darkisch.

Al dia siguiente nos llamó Ebn Sihoud, nos recibió con mucho agrado y nos mandó servir café; luego empezó á hacer preguntas al Drayhy acerca de las personas que le acompañaban. — Ya llegó la mia, dije entre mí, y el corazon me

latió un poco, pero sin embargo me repuse, y cuando me nombró el Drayhy, me dijo el rey :

— « ¿Luego vos sois Abdalla el cristiano ? »

Y oída mi respuesta afirmativa :

— « Ya veo, añadió, que vuestras acciones son
« mas grandes que vuestra persona.

— « La bala de un fusil es pequeña, le dije, y
« mata á hombres muy grandes.

— « Dificil se me hace, repuso sonriendo, creer
« todo lo que cuentan de vos. Quiero que me
« respondais francamente. ¿Cual es el objeto
« de esa alianza en que trabajais hace tantos
« años?

— « Ese objeto es muy sencillo, le respondí.
« Hemos querido reunir á todos los Beduinos de
« Siria bajo el mando del Drayhy para resistir á
« los Turcos; ya veis que así formábamos una
« impenetrable barrera entre vos y vuestros ene-
« migos.

— « Muy bien, dijo; pero si así es. ¿ por qué
« habeis procurado destruir mis ejércitos delante
« de Hama?

— « Porque erais un obstáculo para nuestros
« proyectos, repuse; no era para vos sino para
« el Drayhy para quien trabajábamos; una vez
« consolidado su poder en la Siria, en la Mesopo-
« tamia y hasta en la Persia, queriamos aliarnos
« con vos, y hacernos de esta suerte invulnera-

« bles en la posesion de nuestra libertad absolu-
« ta. Hijos de la misma nacion, debemos defen-
« der la misma causa; á este fin hemos venido
« aquí para formar con vos una union indisolu-
« ble. Nos habeis recibido de un modo injurioso
« y el Drayhy os lo ha echado en cara, en térmi-
« nos injuriosos tambien, pero nuestras inten-
« ciones son francas y os lo hemos probado vi-
« niendo sin armas á ponernos en vuestras ma-
« nos. »

Ibase despejando el semblante del rey á me-
dida que yo hablaba, y cuando acabé me dijo :

— « Estoy contento. »

Luego, volviéndose á sus esclavos, pidió tres
café y yo dí gracias á Dios interiormente de ha-
berme inspirado : el resto de la visita se pasó
muy bien, y nos retiramos muy satisfechos. Por
la noche nos convidó á una gran cena en casa de
uno de sus ministros, llamado Adramouti, que
nos habló en confianza de las crueldades de su
amo y de la execracion con que generalmente se
le miraba : hablónos tambien de sus inmensas
riquezas ; las que allegó en el saqueo de la Meca
son incalculables. Desde los primeros tiempos
de la Egira, los príncipes musulmanes, los cali-
fas, los sultanes y los reyes de Persia envian to-
dos los años á la sepultura del profeta grandes
regalos de joyas, lámparas, candelabros de oro,